

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLIS

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. men

Domingo 24.02.2019

Celebración eucarística en la Sala Regia del Palacio Apostólico Vaticano al concluir el Encuentro "La protección de los menores en la Iglesia"

Hoy, VII domingo del tiempo ordinario, a las 9,30, en la Sala Regia del Palacio Apostólico Vaticano, ha tenido lugar la celebración eucarística en la clausura del Encuentro "La protección de los menores en la Iglesia". Durante la santa misa, después de la proclamación del Evangelio, S.E. Monseñor Mark Benedict Coleridge, arzobispo de Brisbane y presidente de la Conferencia Episcopal de Australia, pronunció la homilía. Publicamos a continuación el texto de S.E. Mons. Coleridge:

Homilía

En el Evangelio recién proclamado se oye una sola voz, la voz de Jesús. Anteriormente escuchamos la voz de Pablo y al final de la misa escucharemos la voz de Pedro, pero en el Evangelio solo existe la voz de Jesús. Es bueno que, después de todas nuestras palabras, ahora solo existan las palabras de Cristo: solo Jesús permanece, como en el monte de la Transfiguración. (cf Luke 9:36).

Nos habla de poder, y lo hace en esta espléndida Sala Regia que también habla de poder. Aquí hay imágenes de batallas, de una masacre religiosa, de luchas entre emperadores y papas.

Este es un lugar donde los poderes terrenales y celestiales se encuentran, tocados a veces por poderes infernales también. En esta Sala Regia, la Palabra de Dios nos invita a contemplar el poder, como lo hemos hecho en estos días juntos. Entre la reunión, la Sala y las Escrituras, por lo tanto, tenemos una buena armonía de voces.

De pie sobre el Saúl dormido, David aparece como una figura poderosa, como Abishai logra ver muy bien: "Hoy Dios ha puesto al enemigo en tus manos. Así que déjame clavarlo al suelo con la lanza". Pero David responde: "¡No lo mates! ¿Quién ha puesto una mano sobre el consagrado del Señor y ha quedado impune?" David elige usar el poder no para destruir sino para salvar al rey, el consagrado del Señor.

Los pastores de la Iglesia, como David, han recibido un don de poder: el poder para servir, para crear, un poder que está con y para, pero no sobre, un poder, como dice Pablo, por "el cual el Señor nos dio para edificación y

no para vuestra destrucción" (2 Cor 10:8). El poder es peligroso, porque puede destruir; y en estos días hemos reflexionado sobre cómo el poder de la Iglesia puede destruir cuando se separa del servicio, cuando no es una forma de amar, cuando se convierte sólo en poder.

Una gran cantidad de los consagrados del Señor han sido puestos en nuestras manos, y por el mismo Señor. Sin embargo, podemos usar este poder no para crear sino para destruir, e incluso al final para matar. En el abuso sexual, los poderosos ponen las manos sobre los consagrados del Señor, incluso los más débiles y vulnerables. Dicen que sí a la insistencia de Abishai; se apoderan de la lanza.

En el abuso y su ocultamiento, los poderosos se muestran ellos mismos no como los hombres del cielo, sino a los hombres de la tierra, en las palabras de San Pablo que hemos escuchado. En el Evangelio, el Señor ordena:

"Ama a tus enemigos". Pero ¿quién es el enemigo? Ciertamente no aquellos que han desafiado a la Iglesia a ver el abuso y su ocultación por lo que realmente son, sobre todo las víctimas y sobrevivientes que nos han llevado a la dolorosa verdad de contar sus historias con tanto coraje. A veces, sin embargo, hemos visto a las víctimas y a los supervivientes como el enemigo, pero no los hemos amado, no los hemos bendecido. En ese sentido, hemos sido nuestro peor enemigo.

El Señor nos exhorta a "ser misericordiosos como nuestro Padre es misericordioso". Sin embargo, por todo lo que deseamos una Iglesia verdaderamente segura y por todos lo que hemos hecho para asegurarla, no siempre hemos escogido la misericordia del hombre del cielo. A veces hemos preferido la indiferencia del hombre de la tierra y el deseo de proteger la reputación de la Iglesia e incluso la nuestra. Hemos mostrado muy poca misericordia, y por lo tanto recibiremos la misma, porque la medida que demos será la medida que recibamos a cambio. No quedaremos impunes, como dice David, y ya hemos conocido el castigo.

El hombre de la tierra debe morir para que pueda nacer el hombre del cielo; el viejo Adán debe dar paso al nuevo Adán. Esto requerirá una verdadera conversión, sin la cual permaneceremos en el nivel de la "mera administración" -como escribe el Santo Padre en la *Evangelii Gaudium* (25)- "mera administración" que deja intacto el corazón de la crisis del abuso.

Sólo esta conversión nos permitirá ver que las heridas de los que han sido maltratados son nuestras heridas, que su destino es el nuestro, que no son nuestros enemigos, sino hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne (cf. Gn 2, 23). Ellos son nosotros, y nosotros somos ellos.

Esta conversión es de hecho una revolución copernicana. Copérnico, como ustedes saben, demostró que el sol no gira alrededor de la tierra, sino la tierra alrededor del sol. Para nosotros, la revolución copernicana es el descubrimiento de que aquellos que han sido abusados no giran en torno a la Iglesia, sino la Iglesia alrededor de ellos. Al descubrir esto, podemos empezar a ver con sus ojos y a oír con sus oídos; y una vez que lo descubrimos, el mundo y la Iglesia empiezan a verse muy diferentes. Esta es la conversión necesaria, la verdadera revolución y la gran gracia que puede abrir a la Iglesia un nuevo tiempo de misión.

Señor, ¿cuándo te vimos abusado y no vinimos a ayudarte? Pero él responderá: En verdad os digo que todas las veces que no hicisteis esto a uno de estos mis hermanos y hermanas más pequeños, no me lo hicisteis a mí (cf. Mt 25, 44-45). En ellos, los más pequeños de los hermanos y hermanas, víctimas y supervivientes, encontramos a Cristo crucificado, el impotente del que brota el poder del Todopoderoso, el impotente en torno al cual gira para siempre la Iglesia, el impotente cuyas cicatrices brillan como el sol.

En estos días hemos estado en el Calvario - sí, incluso en el Vaticano y en la Sala Regia estamos en la montaña oscura. Al escuchar a los sobrevivientes, hemos escuchado a Cristo clamando en la oscuridad (Marcos 15:34). Pero aquí la esperanza nace de su corazón herido, y la esperanza se convierte en oración, cuando la Iglesia universal se reúne a nuestro alrededor en este aposento alto: que las tinieblas del Calvario lleven a la Iglesia de todo el mundo a la luz de la Pascua, al Cordero, que es nuestro sol (cf. Apoc 21, 23).

Al final sólo queda la voz del Señor Resucitado, que nos exhorta a no quedarnos mirando el sepulcro vacío, preguntándonos en nuestra perplejidad qué hacer a continuación. Tampoco podemos quedarnos en el aposento alto, donde dice: "La paz sea con vosotros" (Jn 20,19). Él respira en nosotros (cf. Jn 20,22) y el fuego de un nuevo Pentecostés nos toca (cf. Hch 2,2). El que es paz abre las puertas del aposento alto y las puertas de nuestro corazón. Del miedo nace la audacia apostólica, del desaliento profundo la alegría del Evangelio. Una misión se extiende ante nosotros, una misión que exige no sólo palabras, sino acciones concretas y reales.

Haremos todo lo posible para hacer justicia y sanar a los sobrevivientes de abusos; los escucharemos, les crearemos y caminaremos con ellos; nos aseguraremos de que los que han abusado nunca más puedan ofender; pediremos cuentas a los que han ocultado abusos; fortaleceremos los procesos de reclutamiento y formación de líderes de la Iglesia; educaremos a todo nuestro pueblo en lo que la protección requiere; haremos todo lo posible para que los horrores del pasado no se repitan y que la Iglesia sea un lugar seguro para todos, una madre amorosa especialmente para los jóvenes y los vulnerables; no actuaremos solos, sino que trabajaremos con todos los interesados por el bien de los jóvenes y los vulnerables; seguiremos profundizando nuestra comprensión del abuso y sus efectos, de por qué ha ocurrido en la Iglesia y de lo que se debe hacer para erradicarlo. Todo esto toma tiempo pero no tenemos un para siempre y no nos atrevemos a fracasar.

Si podemos hacer esto y más, no sólo conoceremos la paz del Señor Resucitado, sino que nos convertiremos en su paz en una misión hasta los confines de la tierra. Sin embargo, nos convertiremos en la paz sólo si nos convertimos en el sacrificio. A esto decimos sí con una sola voz, como en el altar hundimos nuestros fracasos y traiciones, toda nuestra fe, esperanza y amor en el único sacrificio de Jesús, Víctima y Víctory, que "enjugará las lágrimas de todos los ojos, y la muerte no será más, ni habrá más luto, ni llanto, ni dolor, porque las primeras cosas han pasado" (Apoc. 21,4).

-
